

bía 733.476 almas más y un territorio redondeado (1).

El historiador alemán de quien tomamos esas recriminaciones añade que no fué ni el interés de la Alemania, ni el interés de la Europa, ni la justicia lo que decidió la cuestión de Sajonia, sino la rivalidad del Austria y la envidia de los Estados secundarios. ¡Espectáculo vergonzoso, exclama Hæusser, y desagradable! (2). Indudablemente las viles pasiones que se ponen la máscara de los bellos sentimientos son hechas para inspirar asco. Pero ¿no hay en ese tráfico de almas y leguas cuadradas mayor vergüenza aún para los soberanos que estaban en Viena? Tratar á los pueblos como cabezas de ganado es más que vergonzoso, eso es criminal. Prusia era tan culpable como el Austria, más culpable aún, porque había llamado á los Alemanes á la libertad, mientras que el Austria había desdeñado siempre esas prácticas revolucionarias. ¡Y hé aquí á uno de los libertadores de la Europa que consiente en repartir una nación libre, una de las antiguas razas de Alemania! Cuando Prusia se levantaba contra la idea de reparto, cuando reclamaba la Sajonia entera prometiendo conservarla una existencia separada, añadía la hipocresía á su ruda ambición. ¡Singular independencia la que consiste en ser tratado como una alquería y como un rebaño!

V.—La Polonia.

El reparto de la Polonia es el gran crimen de la monarquía. Si los reyes reunidos en Viena hubiesen tenido el sentimiento de la justicia que afectaban en sus proclamas y en sus tratados, hubieran debido borrar la mancha que mancilla su nombre con una vergüenza eterna. Uno de esos poderosos monarcas, si nos hemos de atener á sus palabras, tenía la ambición de reconstituir la Polonia: era Alejandro de Rusia. En apariencia, nada más generoso que la conducta del czar: quería la independencia de la Polonia, quería su libertad. En realidad engañó á los Polacos, engañó á sus aliados. ¡Debe añadirse que el emperador se engañó á sí mismo antes de engañar á los demás! Tal vez. Es bastante, por otra parte, que esta ilusión

(1) HÆUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 614, 615.
(2) HÆUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 501, 502.

sea posible, para que nuestro deber sea el de escuchar á los que defienden la memoria de Alejandro contra la acusación de duplicidad y de violencia. Les opondremos los hechos. Cuando los actos están en contradicción con las bellas palabras, la historia debe juzgar según los actos. Dejamos la palabra á un escritor francés que juzga al czar con una benevolencia indulgente (1).

“No eran tan sólo las preocupaciones del amor propio y los intereses de la ambición lo que agitación en aquel momento el alma variable del emperador de Rusia: *un noble pensamiento*, después *demiado fácilmente olvidado*, una *inspiración generosa* que desgraciadamente no ha sido ni *eficaz*, ni *durable*, pero que á lo menos tenía el mérito de ser *sincera*, inspiraba entonces toda su conducta. ¡Cosa singular, cuando se piensa en los crímenes del pasado y en las tristes violencias de la hora presente, el nieto de Catalina II, el hermano de Nicolás, tenía en 1811 lleno el corazón de una inmensa lástima por los sufrimientos de la Polonia! Como casi todos los buenos sentimientos que han persistido tarde en la vida, esta *ardiente simpatía* había nacido en los días mismos de su juventud. Cuando tenía diez y siete años, se había oído al nieto de Catalina II vituperar los procedimientos astutos de la zarina con esa valiente y desgraciada nación. En vida de su padre Pablo I, había sorprendido el verle unir á su persona algunos jóvenes Polacos, encantados de recibir en secreto las confidencias llenas de promesas del dueño futuro de la Rusia. Ascendido al trono, Alejandro usó aún con ellos el mismo lenguaje, y particularmente con el príncipe Adam Czartoryski. *Con sus ministros, es cierto, continuó teniendo gran reserva*, á causa de las repugnancias de los Rusos, que le era preciso contemplar. En pequeña reunión, y en su círculo íntimo, su pensamiento se desahogaba más libremente. *Una especie de honrado entusiasmo animaba su noble figura cuando entretenía con sus proyectos sobre la Polonia á algunas mujeres amables*, con las cuales le gustaba hablar. Ni el curso rápido de los años, ni las dificultades de su agitado reinado, *no debían destruir completamente esa primera buena voluntad.*”

Hé ahí la apología. Hace nacer más de una

(1) D'HAUSSONVILLE, *el Congreso de Viena (Rev. des Deux Mondes, 1862, t. III, p. 346)*.

desconfianza. ¿Cómo se quiere que un czar sea simpático á los Polacos? Alejandro conoce las repugnancias rusas; las *contempla*, hasta el punto que ni aun habla de sus *simpatías* y de sus proyectos á sus ministros; es un tema de conversación en su *círculo íntimo*. En efecto, el tema se prestaba maravillosamente á hacer gala de sentimientos magnánimos, y á conmovir el corazón de las *mujeres amables*, á las que el emperador tenía interés en agradar. Eso no impide, se dirá, que esos sentimientos hayan sido sinceros. Veamos los actos. Antes de Tilsit, no encontramos ninguno que atestigüe la menor veleidad de reconstituir la Polonia. ¡En esta época, sin embargo, Alejandro se hallaba libre de todo compromiso! Y se contentaba con hablar de Polonia con las damas. En los años de 1807 y 1810, las simpatías se tradujeron en intrigas: agentes rusos recorrieron las provincias polacas, y prometieron á los Polacos el ayudarlos á recobrar los territorios que, en los demasiados famosos repartos, habían constituido el lote de la Prusia. ¿Por qué esos sordos ardides? Napoleón había erigido el ducado de Varsovia con los despojos de la Prusia. Eso era despertar la esperanza del restablecimiento futuro de la Polonia. ¿Dió la mano Alejandro á esos vagos proyectos? La cuestión polaca fué el objeto de una correspondencia diplomática entre el czar y Napoleón. ¿Qué pidió á su amigo? Que el nombre de Polonia fuese borrado para siempre de la lengua política. ¡Hé ahí un singular testimonio de la *ardiente simpatía* que el czar sentía por los sufrimientos de los Polacos! Volveremos sobre esto. Por el momento hagamos constar que Alejandro, viendo que la alianza íntima celebrada en Tilsit daba por resultado un rompimiento próximo, quiso adelantarse á su temible adversario, persuadiendo á los Polacos que él, el emperador de Rusia, reconstituiría su nacionalidad. ¿Por qué, después de haber pedido que Napoleón no pronunciase más el nombre de Polonia, prometía ahora el restablecerla? La Polonia constituida por Napoleón hubiese sido una verdadera Polonia, independiente y libre, y, por lo tanto, enemiga de la Rusia, mientras que la Polonia que Alejandro pensaba en restablecer debía ser una Polonia rusa, es decir, una amarga irritación. Hé ahí la política del czar. No hay necesidad de ser un profundo diplomático para descubrir sus pillerías. Los hechos hablan bastante alto.

La comedia, empezada en 1809, ha dado un paso en 1810. Cuanto más se aproxima el rompimiento con Napoleón, tanto más vivas se hacen las simpatías del czar por la Polonia. En el mes de Diciembre de 1810 escribió al príncipe Czartoryski: “Las circunstancias actuales me parecen muy importantes. Me parece que este es el momento de probar á los Polacos que la Rusia no es su enemiga, sino más bien su amiga verdadera y natural, y que, á pesar de los esfuerzos hechos para representarla como la única oposición existente á la restauración de la Polonia, no es improbable, al contrario, que sea ella quien la realice. *Lo que os digo, tal vez os extrañará*; pero, lo repito, nada es más probable, y las circunstancias me parecen de las más favorables para entregarme á una idea que ha sido antiguamente *mi idea favorita*, que dos veces me he visto en el caso de aplazar por el imperio de las circunstancias, pero que no deja de estar en el fondo de mi pensamiento,” (1). Nótese que esta carta fué escrita cuando la alianza francesa empezaba á enfriarse; y una de las causas que malquistaron á los dos emperadores, fué que Napoleón no quiso tomar el compromiso tan insensato como odioso de no consentir nunca en el restablecimiento de la Polonia. ¡Júzguese, según esto, si Napoleón hacía mal en decir que su amigo el czar era un Griego de Bizancio!

Empieza el año 1811; se forman nubes sobre el horizonte del lado de la Francia. Alejandro escribe una nueva carta á su amigo, el príncipe Czartoryski; sus promesas son cada vez más precisas: “La Rusia quiere encargarse de la regeneración de la Polonia. Por esta regeneración quiero hablar de todo lo que ha formado en otro tiempo parte de la Polonia, comprendiendo en ella las provincias rusas, á excepción de la Rusia Blanca, de modo que tenga la Dvina, la Beresina y Dnieper como fronteras. Para convencerse de la sinceridad de las ofertas que hago, las proclamas respecto al restablecimiento de la Polonia deben preceder á todo, y por esta obra debe comenzar la ejecución del plan,” (2). ¡Qué generosidad! ¡El magnánimo Alejandro consentía en despojar á la Rusia para reconstituir la nacionalidad polaca! ¡Indudablemen-

(1) *Carta de Alejandro*, del 15 de Diciembre de 1810 (*Revue des Deux Mondes*, 1862, t. III, p. 348).
(2) *Carta de Alejandro*, del 11 de Enero de 1811 (*Revue des Deux Mondes*, 1868, t. III, p. 348).

te los Polacos van á echarse en los brazos de su bienhechor! No, prefieren unirse á la fortuna de Napoleón. Desconfían de los Griegos y de sus dones. Los Polacos acompañaron al emperador á Moscow; continuaron siéndole fieles en sus desastres. Los que no concían la magnanimidad de Alejandro podían temer que el czar se vengase del incendio de Moscow, cuando los cosacos entraron vencedores en Varsovia. Lejos de eso, redobló su desinterés. Transcribimos, en honor suyo, la larga carta que escribió á su amigo el príncipe Czartorisky:

"Los triunfos con los cuales ha querido la Providencia bendecir mis esfuerzos y mi perseverancia no han cambiado de ningún modo mis sentimientos ni mis intenciones hacia la Polonia. ¡Que vuestros compatriotas estén, pues, tranquilos respecto á las aprensiones que puedan tener! *La venganza es un sentimiento que me es desconocido, y mi más dulce placer es el pagar el mal con el bien...* Voy á hablaros con toda franqueza: para llevar á cabo mis ideas respecto á Polonia, tengo que vencer algunas dificultades, á pesar de lo brillante de mi posición actual... Por lo pronto, la opinión en Rusia. La manera de conducirse el ejército polaco entre nosotros, el saco de Smolensko, de Moscow, ha reanimado los antiguos odios... En segundo lugar, la publicidad que se diese en las circunstancias actuales á mis intenciones respecto á Polonia, *lanzaría completamente el Austria y la Prusia en brazos de la Francia*, resultado que es muy esencial el impedir, tanto más cuanto que esas dos potencias me manifiestan las mejores disposiciones... Esas dificultades serán vencidas con sensatez y prudencia; pero para conseguirlo, es preciso que me secunden vuestros compatriotas, es preciso que justifiquéis la predilección que se sabe tengo por los Polacos... Tened alguna confianza en mí, en mi carácter, en mis principios, y vuestras esperanzas no serán defraudadas. Á medida que se desenvuelvan los resultados militares, veréis hasta qué punto quiero los intereses de vuestra patria, y cuán fiel soy á mis antiguas ideas; en cuanto á las formas, sabéis que *las más liberales son las que siempre he preferido...* Á esta carta iban adjuntas algunas líneas llenas de una emoción íntima que parecía salir del fondo mismo del corazón de Alejandro: "Teniendo mi carta un cierto carácter oficial, no puedo dejarla salir, querido amigo, sin

añadir á ella una pequeña palabra de amistad para vos. Los triunfos no me han cambiado, ni en mis ideas sobre vuestra patria, ni en mis principios en general, y me hallaréis siempre tal como me habéis conocido,, (1).

Los desgraciados Polacos creyeron en esos bellos sentimientos; en Viena se les vió, con sorpresa de todo el mundo, abrazar el partido de Alejandro. Parecían náufragos que se agarran hasta á la tabla menos segura para salvarse. Como lo escribe un diplomático inglés á lord Castlereagh, los Polacos se unieron al czar, porque por el momento no tenían otra probabilidad de salvación (2). Pero hay tablas de salvación que, en vez de salvar á los que van á perecer, precipitan su muerte. Tal era el salvador imperial que, en sus cartas, afectaba el lenguaje y los sentimientos del Evangelio. Por poco que los Polacos hubiesen reflexionado en ello, debían ver que el czar no podía ir de buena fe. La carta misma que escribió al príncipe Czartoryski atestigua contra él, porque prueba que engañaba á sus aliados. ¿Y cómo engañando á sus amigos, no había de engañar á los Polacos, por los cuales profesaba la nación rusa un odio hereditario?

Decimos que Alejandro engañaba á sus aliados. Trabaja á la sombra, no quiere que la Prusia y el Austria conozcan sus proyectos respecto á Polonia. Esos proyectos debían serles bien hostiles, pues que, según el emperador, *hubieran arrojado completamente esas dos potencias en brazos de la Francia*, aunque la Alemania del Norte se sublevaba ya contra el yugo de Napoleón. Sin embargo, al mismo tiempo que tramaba con los Polacos esas intriñas tan peligrosas para la Prusia, trataba con Federico Guillermo y firmaba el tratado de Kalisch, primer germen de la santa alianza. Se lee en él que los dos soberanos tenían por objeto la independencia de la Europa. Hé ahí un fin sublime, y el lenguaje respondía á la magnanimidad de los sentimientos; la religión y la amistad figuran en él, son garantes de la fe inviolable que las partes contratantes pondrán en cumplir sus compromisos (3). ¡Oh, que eso es hermoso y grande! ¡Y en el momento en que Alejandro negociaba el tratado de Kalisch, hacía traición á su amigo,

(1) Carta de Enero de 1813 (D'HAUSSONVILLE, el Congreso de Viena en la Rev. des Deux Mondes, 1862, t. III, p. 348).

(2) Carta de Federico Lamb, fechada en Viena, 25 Junio 1814 (Castlereagh papers, serie 3.ª, t. II, p. 59).

(3) HEUSSER, Deutsche Geschichte, t. IV, p. 53.

sublevando á los Polacos contra la Prusia! Al mismo tiempo que engañaba al rey de Prusia, engañaba también á los Polacos: les prometía la independencia, y no pensaba más que en el engrandecimiento de la Rusia.

En Viena, el emperador Alejandro continuó presentándose como el campeón de la nacionalidad polaca. Ocupaba el ducado de Varsovia, que formaba la parte de la Prusia en el gran acto de explotación cometido á fines del siglo XVIII; el czar quería erigir el ducado en reino, en provecho suyo por supuesto. No se trataba, pues, ya de reunir todas las provincias polacas; no se trataba ya de separar la Lituania del imperio ruso. Ese hermoso proyecto había sido un excelente cebo en 1813; pero en Viena, la diplomacia no se alimentaba de sueños. La política es esencialmente positiva, añadamos interesada. Hé aquí, pues, á qué conducía el gran proyecto de reconstitución de la Polonia: á arrebatar á la Prusia las provincias que habían caído en su lote, y reunir las á la Rusia bajo el nombre de reino de Polonia. Alejandro contaba indemnizar á la Prusia entregándole la Sajonia. Debe oírse al czar desenvolver su proyecto dando á la ambición los colores del desinterés.

"El reparto de la Polonia, decía Alejandro, había sido un atentado cuyas consecuencias morales no habían cesado de pesar sobre Europa y que era honrado y político reparar. Quería restablecer la Polonia en reino separado y dotarla de instituciones libres. Semejante obra sería la gloria del congreso de Viena. Él, el czar, se había propuesto desde hacía mucho tiempo ese noble objeto; estaba en vísperas de alcanzarlo, y no pensaba renunciar á él. Al entrar en Polonia, había hecho promesas á los Polacos para separarlos de Napoleón, y tenía la resolución de cumplirlas. No era de esos soberanos que, prontos á dar su palabra en caso necesario, la retiraban con la misma facilidad cuando la necesidad había pasado. Creía haber prestado bastantes grandes servicios á la Europa, para que ésta tuviese á su vez alguna condescendencia con él,, (1).

Mr. Thiers, que trae esas palabras, añade que había en Alejandro una mezcla de astucia y de exaltación romántica que no siempre permitía dis-

tinguir en él la parte de sinceridad de la de la ambición. En la cuestión de la Polonia, la distinción parece muy fácil de hacer. ¿Quería sinceramente reconstituir la nacionalidad polaca? Hubiera tenido en su favor la Francia y la Inglaterra. De todas las potencias, sólo la Francia dió á su embajador instrucciones favorables á la Polonia. Lee-mos en una carta del príncipe de Talleyrand: "De todas las cuestiones que deben ser tratadas en el congreso, el rey hubiera considerado como la primera, la más grande, la más eminentemente europea, la de la Polonia, si le hubiese sido posible esperar, tanto como lo deseaba, que un pueblo tan digno del interés de todos los demás por su antigüedad, su valor, los servicios que había prestado en otro tiempo á la Europa y por su infortunio, pudiese volver á su antigua y completa independencia. El reparto que la borró del número de las naciones fué el preludio, en parte la causa tal vez, hasta cierto punto la excusa de los trastornos de los cuales la Europa ha sido presa,, (1). Esos sentimientos eran los de la Francia, y hasta los del partido realista que dominaba entonces. Hé aquí lo que escribía un periódico, órgano del realismo más pronunciado: "El restablecimiento de la Polonia parecía un *acto de expiación* indispensable para borrar el recuerdo de todos esos trastornos, dictados sólo por la violencia, y cuya señal fué el reparto de las provincias polacas,, (2).

Talleyrand, imbuido en esos deseos, se dirigió al emperador Alejandro: "Si V. M., dijo, quiere restablecer la Polonia en un estado completo de independencia, estamos dispuestos á sostenerla., ¿Qué responde el noble campeón de la nacionalidad polaca? "Deseaba en París el restablecimiento de la Polonia, y vos lo aprobasteis; *lo deseo aún como hombre, como siempre fiel á las ideas liberales que no abandonaré jamás*; pero en mi situación los deseos del hombre no pueden ser la regla del soberano. Tal vez llegará el día en que la Polonia podrá ser restablecida. En cuanto al presente, no hay que pensar en ello,, (3). Las buenas intenciones del emperador eran de aquellas de que se dice que el infierno está lleno. ¿Qué decir de la distinción

(1) Carta del príncipe de Talleyrand al príncipe de Metternich, del 19 de Diciembre de 1814 (Congreso de Viena, Colección de piezas oficiales, t. VI, p. 93 y siguientes).

(2) La Quotidienne, 7 Noviembre 1814.

(3) Carta particular del príncipe de Talleyrand á Luis XVIII (Revue des Deux Mondes, 1862, t. III, p. 373).

(1) THIERS, Historia del Consulado y del Imperio, libro LVI (tomo VII, p. 163).

que hacía Alejandro entre el hombre y el soberano? Talleyrand, que conocía bien esto, perdió la paciencia. En las cartas particulares que escribía desde Viena á Luis XVIII representaba al czar "como un ambicioso sin principios, á la vez maniático é hipócrita, embriagado con una posición superior á su mérito y uniendo á la afectación de una jerigonza liberal y filantrópica los arrebatos de una violencia salvaje," (1). El retrato parece á una caricatura del magnánimo emperador; sin embargo, está tomado del natural.

Lord Castlereagh usaba el mismo lenguaje que Talleyrand. Decía también que el reparto de la Polonia había sido un atentado; no deseaba más que verla restablecida, pero quería una Polonia independiente y libre. Que el Austria y la Prusia devuelvan todo lo que tienen de la Polonia, que la Rusia haga lo mismo, que se constituya el nuevo reino aparte, sin dependencia de ninguno de sus vecinos; la Inglaterra se halla dispuesta á aplaudir y hasta á contribuir á ello, aunque la cueste algo. Pero ¿querían hacer los tres coparticipes los sacrificios necesarios á esta grande obra? Es permitido, no tan sólo dudar de ello, sino de no creer nada y de considerar el restablecimiento de la Polonia de que se hablaba como un puro sueño. En vez de una reparación verdaderamente europea y moral, ¿qué proponía el emperador Alejandro? Una Polonia incompleta, una Polonia falsa, que se llamaba Polonia para hacerla lo más grande posible, y que una vez agrandada se dejaría rusa. "Esto es, decía Castlereagh, querer hacer á la Europa una ilusión á la cual no se prestará nunca," (2).

Lo que lord Castlereagh, en el lenguaje diplomático, llamaba *ilusión*, la historia lo llama engaño. Cuando Alejandro se vió descubierto, tuvo uno de esos accesos de violencia salvaje de que habla Talleyrand en su correspondencia íntima. El malicioso diplomático va á contarnos él mismo esta escena: "Tengo doscientos mil hombres en el ducado de Varsovia, dijo el czar; ¿que los echen de allí! He dado la Sajonia á la Prusia; el Austria consiente en ello. Me cuesta trabajo creerlo, respondió Talleyrand, tan contrario es esto á su in-

(1) D'HAUSSONVILLE, *el Congreso de Viena (Revue des Deux Mondes, 1832, t. III, p. 378)*.

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro LVI (tomo VII, p. 163 y siguientes).

terés; pero el consentimiento del Austria ¿puede hacer propietaria á la Prusia de lo que pertenece al rey de Sajonia? Si el rey de Sajonia no abdica, replicó Alejandro, será conducido á Rusia, y morirá en ella: otro rey ha muerto ya allí. Vuestra Majestad, dijo Talleyrand, me permitirá el no creerlo. No se ha reunido el congreso para presenciar semejante atentado. Un atentado, replicó el emperador. ¡Qué! ¿No fué Estanislao á Rusia? ¿Por qué no había de ir el rey de Sajonia? El caso del uno es el del otro; no hay para mí ninguna diferencia. Habiéndose permitido el embajador francés invocar el derecho público de la Europa, la naturaleza bárbara venció por completo á la máscara liberal: "Vuestro derecho público, exclamó el czar, no es nada para mí, no sé lo que es eso. ¿Qué caso creéis que hago de todos vuestros pergaminos y de vuestros tratados?" (1).

¡Hé ahí al liberal, al generoso, al magnánimo Alejandro, pintado por sí mismo! Toma á pechos el reconstituir la Polonia. Léase que quiere acabar con esa desgraciada nación, dándole el golpe de gracia. No pudiendo anexionarla toda entera á la Rusia, toma todo lo más que puede del lote de la Prusia. Es preciso dar una indemnización á la Prusia; le arroja la Sajonia. El rey de Sajonia resistirá; se le enviará á Siberia. La Europa gritará; ¿se la dejará gritar! ¿Qué importan los tratados? Son papel mojado. Él, el czar, tiene doscientos mil hombres en el gran ducado de Varsovia. Hé ahí su derecho. ¿Y la generosidad? ¿La magnanimidad? ¿El liberalismo? ¡Excelentes temas de conversación para agradar á las damas!

Sin embargo, Alejandro se vió obligado á ceder. Como se transigió en la cuestión de Sajonia, el rey de Prusia tuvo que buscar en Polonia las almas que le faltaban para completar su lote. El gran ducado de Posen fué distraído de la Polonia rusa, y en definitiva, la pretendida reconstitución de la Polonia dió por resultado un nuevo reparto. Es cierto que las provincias polacas abandonadas á la Rusia por el tratado de Viena recibieron el nombre de reino de Polonia. Fué esa la satisfacción dada á la nacionalidad polaca, que permitió á Alejandro el representar la comedia hasta el fin.

(1) *Carta particular del príncipe de Talleyrand á Luis XVIII, del 25 de Octubre de 1814 (Revue des Deux Mondes, 1832, t. III, página 369)*.

Escribió al presidente del Senado de Varsovia: "Al tomar el título de rey de Polonia, he querido satisfacer los votos de la nación. *El reino de Polonia se unirá al imperio de Rusia por los títulos de su propia constitución, sobre la cual deseo fundar la felicidad del país.* Si el gran interés de la tranquilidad general no ha permitido que todos los Polacos fuesen reunidos bajo el mismo cetro, me he esforzado por lo menos en suavizar todo lo más posible los rigores de su separación, y de obtenerles en todas partes el goce de su nacionalidad," (1).

Así, pues, Alejandro es el restaurador de la nacionalidad polaca. ¡Singular manera de devolver la independencia á una nación la de *unirla al imperio de Rusia* por el título de su constitución! La lamentable historia de la Hungría hubiera debido enseñar á los Polacos, desde 1815, lo que vendría á ser su nacionalidad. En 1815, la comedia duraba aún; se vió á los tres coparticipes de la Polonia entenderse para hacer á los Polacos promesas y para darles esperanzas que debían recibir un triste mentís. El conde de Nesselrode propuso al congreso una estipulación en favor de los Polacos que entraban en los lotes del Austria y de la Prusia: "S. M. el emperador de todas las Rusias, deseando hacer participar á todos los Polacos del beneficio de una administración nacional, intercede cerca de sus augustos aliados, en favor de sus súbditos de esa nación, en la mira de obtenerles instituciones provinciales que conserven justas consideraciones por su nacionalidad y les den una parte en la administración de su país," (2).

Hé ahí, dicen los admiradores de Alejandro, un testimonio auténtico de su magnanimidad y de sus sentimientos liberales. Es cierto que el czar no cesó de hablar de su desinterés y de su liberalismo. Según él, jamás hubo monarca que tuviese menos ambición. Pero basta recordar las conversaciones de Tilsit y los proyectos discutidos en San Petersburgo para saber lo que quiere decir ese lenguaje. La ambición, dice un historiador alemán, tomaba los colores de la virtud (3). En Tilsit, Alejandro había dividido el mundo con Napoleón; en San Petersburgo, había aprobado un proyecto de

reparto del imperio turco. En Viena no tuvo más que una sola idea, la más completa abnegación. Las máximas de la perfección evangélica inspiran al emperador de todas las Rusias. Escuchemos al conde de Nesselrode: "Igualmente penetrados de los principios inmutables de la religión cristiana, común á todos, es sobre esta base única del orden político como del orden social cómo los soberanos, fraternizando entre sí, purificarán sus máximas de Estado y garantizarán las relaciones entre los pueblos que la Providencia les ha confiado," (1). Añadid á esa jerigonza mística una fuerte dosis de liberalismo, y tendréis el retrato exacto de aquel que Napoleón llamaba el Talma del Norte.

Nada más suntuoso que el lenguaje del czar. Se complacía en desahogar su corazón en las conversaciones íntimas que tenía con el barón de Stein: "La vida no tenía valor para él, decía, más que por lo que podía consagrarla al desenvolvimiento de las ideas liberales," (2). Deben juzgarse los árboles según los frutos que dan, dice la Sagrada Escritura. ¿Á qué condujo la generosidad de Alejandro? ¿Á qué condujo su liberalismo? Guardó la Finlandia, la más injusta de las conquistas. Guardó las provincias polacas que la expoliación del siglo XVIII le había dado, y añadió á ellas nuevas expoliaciones. En verdad, las adornó con el título de reino de Polonia; pero desde 1815 era fácil prever qué sería de la independencia y la libertad de los Polacos. El barón de Stein, uno de los admiradores de Alejandro, predijo que la reconstitución de Polonia terminaría por una revolución que separaría completamente la nación polaca de la Rusia ó que la sometería enteramente al czar (3). Para quien comparese la débil Polonia á la inmensidad del imperio, al cual debía estar encadenada, el resultado de esta lucha fatal no podía ser dudoso.

El liberalismo hipócrita de Alejandro y las salvajes violencias de su hermano Nicolás condujeron á una revolución, y la revolución condujo á la anexión; la palabra no expresa la idea de lo que se hizo, de lo que todavía se hace. El asesinato

(1) Carta del 30 de Abril de 1815 (*Congreso de Viena, Colección de piezas oficiales, t. VI, p. 235*).

(2) *Congreso de Viena, Colección de piezas oficiales, t. VI, página 118*.

(3) HEUSSER, *Deutsche Geschichte, t. IV, p. 505*.

(1) Nota del 21 de Diciembre de 1814 (*Congreso de Viena, Colección de piezas oficiales, t. VI, p. 114*).

(2) GERVINUS, *Geschichte des XIX^{ten} Jahrhunderts, t. I, página 211*.—PERTZ, *das Leben des Freiherrn vom Stein, t. IV, página 164-165*.

(3) PERTZ, *das Leben des Freiherrn vom Stein, t. IV, p. 165*.

empezado en 1773 se prosiguió. Pero las naciones tienen la vida fuerte; sería preciso matar **todo** lo que tiene el sentimiento de la nacionalidad para poner fin á los movimientos convulsivos de **un** pueblo á quien se quiere arrancar su alma, dejándole su existencia física. Es decir, que el asesinato de una nación es imposible. Los asesinos ejecutan su obra desde hace casi un siglo; pero por **más** que atormentan á su víctima, ésta continúa **viviendo**, y á cada nueva generación hay que volver á em-

pezar la lucha. ¿Quién triunfará? No hay más que aquellos que no creen en la Providencia que puedan dudar de ello. Las naciones son de Dios, no hay fuerza humana que pueda destruirlas. El reparto de la Polonia es un crimen. Todo crimen exige una expiación, y no conocemos nada más inexpiable que el asesinato de un pueblo. La expiación vendrá; esto es tan cierto como la justicia divina. ¡Paciencia, desgraciada Polonia! ¡Los dioses vengadores vigilan!

CAPÍTULO IV

NAPOLEÓN.—LO QUE LOS HOMBRES QUIEREN Y LO QUE DIOS QUIERE

§ I.—El ideal.

I

Chateaubriand dice que se ha querido hacer de Napoleón un ser perfecto, un tipo de sentimiento, de delicadeza, de moral y de justicia, hasta un escritor y un orador excepcional (1). ¿Cómo ha pasado el emperador al estado de ideal? Á primera vista, es difícil comprender que la Francia, que lo abandonó tratándolo de insensato, que los pueblos extranjeros, que lo odiaban como á su tirano, lo hayan ensalzado después como á un ser extraordinario y casi sobrehumano. Chateaubriand nos dirá por qué los Franceses, que estaban tan cansados del régimen imperial cuando la invasión, se apasionaron del emperador después de su caída. En cierto modo, Napoleón es el verdadero representante de la raza francesa. Hemos dicho en nuestro *Estudio sobre la Revolución* que no ama casi la libertad, que la igualdad es su idolo; de ahí procede que él se inclina instintivamente en favor del

poder fuerte. En efecto, la igualdad y el despotismo tienen vínculos secretos: ¿hay que recordar que la igualdad reinaba en Roma en tiempo de los Césares, y que ha reinado siempre en Constantinopla? Nacido déspota, Napoleón estaba hecho para seducir á una nación inclinada hacia el poder á la vez que enamorada del nivel democrático. Ascendido al trono, hizo sentar en él al pueblo á su lado; rey proletario, humilló á los reyes de antiguo abolengo; niveló las jerarquías elevando á las clases inferiores, medio seguro de lisonjear el orgullo plebeyo. La Francia es tan loca de gloria como de democracia. Se glorifica de la superioridad que Napoleón le dió sobre el resto de la Europa.

Así es que Napoleón permaneció en el corazón de los Franceses, aun cuando, cansados de veinte años de guerra, le abandonaron. Pero esta afinidad del genio de un hombre y del genio de una raza que conducía de victoria en victoria, no explica aún la especie de apoteosis del gran conquistador. Chateaubriand hace notar que lo que contribuyó más á la popularidad de Napoleón fué el

(1) CHATEAUBRIAND, *Memorias de Ultratumba*.